

Virginidad

La virginidad es el perfume de la Navidad. En torno al misterio del nacimiento de Cristo se percibe esa fragancia, que brota del Verbo hecho carne y que impregna a María su madre y a José, que hace las veces de padre.

No se trata simplemente de una realidad poética, aunque el tema haya suscitado las mejores poesías de la literatura universal. En torno al desposorio del Verbo divino con la carne humana han brotado preciosas páginas bíblicas y patrísticas, y los mejores comentarios al Cantar de los Cantares en toda la tradición cristiana. ¡Qué admirable intercambio! Nuestra carne humana ha sido hecha capaz de expresar la gloria de la divinidad, y de esta manera ha llegado a ser plenamente humana. La realidad ha superado con creces todos los sueños y los cuentos de hadas. “El Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria” (Jn 1,14).

El evangelio de este domingo nos transmite un hecho con toda la sencillez de un relato histórico: Jesús nació en Belén como fruto de un milagro que se produjo en el vientre virginal de María. “La criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo” (Mt 1,20). José no la denunció, sino que la acogió en su casa, tal como le había indicado el ángel, y sin que tuvieran relaciones sexuales, el niño nació en su momento. José es verdadero padre virginal de Jesús. Sin la colaboración plena e incondicional de José no era viable el misterio de la Encarnación, acontecido en el vientre de María su mujer, para la redención del mundo.

Jesús, el Verbo eterno de Dios, al nacer en el tiempo como hombre verdadero, ha sido engendrado de la carne y de la sangre de María. No es un extraterrestre de naturaleza sideral. Es de nuestra carne y nuestra sangre humanas y terrenas. Está entroncado vitalmente en una tradición genética, pertenece a nuestro mundo creado. Todo eso se lo ha dado María, su verdadera madre, la Madre de Dios. Pero en María eso no se ha activado por la vía natural de las relaciones sexuales, que Dios mismo ha establecido como camino ordinario para todo nacimiento, sino por una acción nueva y extraordinaria de Dios, que la hace fecunda sin ningún complemento, sin concurso de varón.

María lo ha engendrado virginalmente en la historia, como el Padre eterno lo engendra sin concurso de nadie en la eternidad. Se trata de una virginidad pletórica y llena de vida. Virginidad no es carencia. Virginidad es abundancia. Dios Padre engendra al Verbo eterno por sobreabundancia de vida. María le da al Verbo la carne humana con la sobreabundancia recibida de Dios.

Nos acercamos al misterio de la Navidad, al nacimiento de Jesús, atraídos por este perfume que impregna a María y a José, padres virginales de Jesús. Que todos percibamos este perfume que brota del misterio y que a todos nos hace hijos de Dios.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
23.12.2007